

Punto Cubano

Reivindicación de Matías Pérez

Por Sergio P. ALPIZAR

NO siempre el valor ha de acompañar a la fortuna. Jamás como en Matías Pérez el aforismo tiene tan cumplida certeza. El fué un intrépido precursor de la aeronáutica en nuestro país, llegó a tal grado de fervor su devoción por el progreso que hasta su propia vida la entregó en holocausto de su anhelo por abrir ancho horizonte a la navegación aérea. Sin embargo, no tiene aún humilde tarja conmemorativa ni tan siquiera biografía somera. Pocas veces ha sido tan injusto el olvido y la fría indiferencia que se ha tendido sobre su hazaña y nombradía. Curioso y paradójico destino. Nadie glosa su desvelo ardiente por surcar el espacio intransitado. Y cuando por azar se le recuerda es sólo para asociarlo a la chirigota heridora y deprimente. "Voló como Matías Pérez", se dice para designar la postura de alguien que se ha despedido a la francesa, o que desaparece sin dejar huella. Esto es todo lo que queda de su nombre inmolado. Una frase jocunda y desdeñosa que pervive a través de los largos años transcurridos de su trágico salto en el vacío del espacio.

Matías Pérez era de portuguesa oriundez, aunque los muchos años de existencia fatigosa en nuestra Isla cubana le otorgaron patente de ciudadanía tras la asimilación y aplanamiento. El lusitano, impenitente soñador, alternaba su artesanía de toldero con las lecturas de los descubrimientos aerostáticos. Cuando cerraba el día y la noche ponía término a la demanda del sustento cotidiano, Matías Pérez empuñaba las gacetas e infolios en acuciosa búsqueda de preciosos detalles sobre el vuelo del hombre más allá de su perímetro terrestre. Supo de la anticipación rudimentaria de Leonardo de Vinci: las dos alas famosas impulsadas por mecanismos de factura compleja. Leyó con febriles asombros aquella historia increíble del monje Lorenzo de Guzmán que diz que volara ante la Corte de Lisboa residente en Río de Janeiro en fantástico artefacto. Estudió con verdadero afán de filomático las proezas de los hermanos Montgolfier, iniciadores de la ascensión en globos aerostáticos en Francia y en el mundo en 1783.

El principio de Arquímedes se hizo carne de realidad. El globo se elevaba hasta llegar a una capa de aire suficientemente rarefacto para que la diferencia entre el peso del aire desalojado y del gas que contiene el globo, sea igual al de la envoltura, la barquilla y sus demás accesorios. Si en tal equilibrio quiere subir más aún el aeronauta, suelta cierta cantidad de lastre o arena. Para bajar, abre por medio de una cuerda, una válvula colocada en la parte superior del globo, por cual sale entonces una parte del gas interior.

Matías Pérez se aplicó a la tarea riesgosa de llevar a la práctica la teoría primaria. En el propio taller en que manejara con destreza la aguja y la tijera de confección de toldos emprendió la faena de construir un globo similar al de los ya laureados Montgolfier. El llevaba en las venas ese espíritu inquieto y trashumante que inmortalizara su paisano Camoens en "Os Luisiadas". La misma sed de quebrar las tinieblas de lo ignorado que condujo a Magallanes a hender los mares vírgenes con la proa de su débil esquife. Ante la vista incrédula y curiosa de los habaneros un día se elevó en su globo rudimentario hacia las alturas. En esa época de 1856 era todavía función lindante con el suicidio la ascensión aerostática. Pero el aeronauta tuvo éxito cabal. No se sabe si fué milagro o cálculo científico. Lo cierto es que volvió a descender a su punto de partida, burlándose de la muerte.

Ya no era el oscuro artesano de la tienda de toldos. El no había nacido para vivir en la medianía. Era nada menos que un precursor de la aeronáutica en América. Ya nadie sonreía con rictus compasivo cuando pasaba por su vera. No le trataban desde entonces con la condescendencia tolerante que se aplica a los niños precoces y a los lunáticos. Matías, el portugués aplanado, había ofrecido a Cuba el singular honor de colocarla en la cima excepcional de los países disputadores del progreso.

Poseído de esa embriaguez que se apodera de los apasionados por la legítima grandeza, emprendió nuevos preparativos para otro experimento ascensional. Quizás quería él resolver aquel problema insoluble de lograr segura dirección al aerostato, cosa que nadie había conseguido. Es muy posible que le forzara a la empresa arriesgada la observación meteorológica en su propia fuente atmosférica. Quien sabe si su objetivo fueran los planos topográficos, o el de abrir ancha vía al transporte futuro de los argonautas. Se afirma que Matías era tan sólo un soñador ansioso de leer en las estrellas su mensaje secreto, que gustaba de los fuertes placeres del peligro trascendente.

Nada se sabe de estos pormenores sin respuesta. Lo cierto, lo innegable, es que Matías Pérez se elevó un 29 de junio de 1856 en plena capital cubana ante una muchedumbre colosal, presa de admiración, poseída de cálidos entusiasmos hacia el bravo navegante. Se elevó tras de llenar de

2

humo y soltar las amarras del aeróstato. Le siguieron hasta las nubes y un poco más allá los ojos angustiados de los presenciadores del acontecimiento. Un punto azul en el espacio y después el silencio definitivo. Se le esperó aquel día y el siguiente. Hasta que en todos se clavó la certeza de horrible muerte en pleno mar, naufrago y solitario.

De su recuerdo solamente quedaron unas décimas de criolla factura. No hubo más. Ni tarja ni biografía somera. El injusto olvido se tendió sobre su heroica hazaña y nombradía. Y sobre la fría indiferencia y el desdén inexplicables, la chirigota costumbrista aplicada al que desaparece en el misterio o se despide a la francesa: "Voló como Matías Pérez". Aquí, en estas líneas de recuerdo, va nuestro tributo y homenaje a aquel que fuera precursor valeroso de la aeronáutica en nuestra tierra.

Matías Pérez 30/4/88



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA